

ficción  
y  
realidad

## ELENA Y LOS HOMBRES

Correo de las  
LETRAS

Gabriela Mistral,  
Premio Nobel 1.945, ha muerto

No seremos demasiado exigentes al juzgar el argumento de este film de Jean Renoir, porque no es nada más ni nada menos que una sátira de estamentos sociales y políticos del final de siglo francés. Con una trama amorosa de raíces inconsistentes, a veces más arrevistada que real, la cinta cuenta empero con los alicientes de un color espléndido, una dirección magnífica, y con Ingrid Bergman, la prodigiosa sueca, que esta vez, ¿y van cuántas?, se encuentra de nuevo con un papel, que no nos da justa medida de sus inagotables facultades interpretativas.

Jean Renoir traslada al celuloide toda la alegría de vivir, y la gama inagotable de luz y de color del maestro de Limoges, su padre; veamos sino las escenas logradísimas de color y de técnica de composición, en la celebración de un 14 de Julio en París, con unos bailes populares que, recuerdan de forma reiterativa, el famoso lienzo de Renoir «Le Moulin de la Galette».

Renoir, ha contado en este film con los ingredientes necesarios para producir una buena película, la que junto con los alicientes de cartel, vistosidad, amor y picardía, posee elementos filmicos suficientes para satisfacer al amante del cine como arte, ya que para él las circunstancias estéticas no son simples hechos secundarios.

Este director, cuyos films no han abundado en nuestras pantallas, films tan resonantes como, «El río», «La bestia humana», «La gran ilusión», «Nana» entre otros, va colocado por su producción en la vanguardia del cine europeo, entendido éste, como impresión y sugerencia, como fragilidad insinuante y como panteísmo estético traducido en imágenes. La paleta de su padre vestida al celuloide, nos ofrece una larga serie de bellísimas imágenes. Hay momentos en «Elena y los hombres» de un cromatismo exaltado, del tiempo de los devaneos de Renoir con el grupo impresionista, antes de su via-

je a Italia, del que regresó con gamas más serenas, imbuídas de un quietismo ante la vida, que de haberlo tenido los impresionistas, nos hubiéramos encontrado sin un motivo esencialísimo sin una importante pieza de juicio, para estudiar el llamado arte moderno, al que yo prefiero nombrar arte actual.

Pero Renoir fué una excepcional excepción — no es redundancia — entre tanto fuego y sol. Se ha convertido, en la actualidad, en un clásico de nuestro arte, que acaso soñara con Pablo Veronese y sus «Bodas de Canaá» cuando pintó su «Dejeneurs des canotiers».

La síntesis argumental del film nada nuevo nos descubre. Una condesa polaca que juega con el destino de varios hombres, hasta que su vida converge con la de un general, al que quiere llevar hasta la presidencia de Francia. El intenta escalar este puesto, pero solo con la promesa del amor de su dama. La voluble condesa queda finalmente, prendida en las redes de un aristócrata, empedernido Don Juan.

Situaciones irónicas, picarescas, en fin un film francés cien por cien, de la mano empero de un director, que hasta en la medianía deja entrever destellos geniales.

La interpretación, buena la de Ingrid Bergman, en un papel inferior a sus dotes. Mel Ferrer, el aristócrata, en una línea equilibrada y espléndida. Jean Marais, el general, apuesto, y buen artista como siempre. De entre los papeles secundarios descubrimos a Dora Doll, Tonia en «Calle Mayor»; su figura y su estilo quedan mejor en blanco y negro.

Un detalle significativo: Jean Renoir tiene por operador en sus films, desde que emplea el color, a un sobrino suyo, Claude Renoir nieto por tanto del gran pintor Pierre Auguste Renoir.

En fin, en conjunto, una película agradable, con destellos geniales propios de un gran director y de una gran actriz.

Luis Bosch. C.

Lucila Godoy Alcayagas, nacida en Vicuña (Elqui), murió en Nueva York, en la madrugada del pasado jueves, lejos de su querida tierra chilena, en la hiriente soledad de un Hospital. Dos amigas la acompañaron en sus últimas horas, pero ella no pudo darse cuenta. En los siete días anteriores a su muerte, sólo vivió su corazón. Quizá no pudo tan siquiera apercibir los pasos helados de la que iba acercándose a su lecho; pero ni así pudo ser la muerte una sorpresa para ella. Toda su vida, toda su vida consciente, después del éxtasis, después del dolor, después de la tragedia que la desgarrara, no fué más que un caminar hacia la muerte; un deseo de ser tierra en su tierra, pasta de alfarero en la que estuviesen mezcladas sus cenizas con el polvo de los huesos de su amado.

He leído en la prensa que un avión trasladará sus restos hasta la patria lejana. Pero... ¿en qué lugar, sutumba? ¡Leed, chilenos, de nuevo sus versos, antes de darle definitiva sepultura!

«Sentirás que a tu lado cavan briosamente,  
que otra dormida llega a la quieta ciudad.  
Esperaré a que me hayan cubierto totalmente...  
¡y después hablaremos por una eternidad!»

(de «Los Sonetos de la muerte».)

No es solamente en esta estrofa, en este soneto, donde la poetisa nos manifiesta su deseo, su amor; su único amor. Toda su obra poética se ciñe, como la hiedra, al árbol de su pasión, al amante muerto tempranamente, nunca olvidado; llaga constante.

Alguien ha calificado la obra de Gabriela Mistral como el grito dolorido y ronco de la maternidad no cumplida, como la vergüenza sublime y aguda de la mujer estéril. No opino así. Gabriela pudo haberse casado, y no lo hizo. Pudo haber tenido hijos, una familia. No quiso. Y el hijo que deseó dejó un hueco, huella viva, en su regazo.

«¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo  
y mío, allá en los días del éxtasis ardiente,  
en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo  
y un ancho resplandor creció sobre mi frente.»

Quería un hijo de él, del hombre que amó, de aquel que, mirándola, hacía que se sintiese hermosa.

Y compuso «Canciones de cuna», tiernas, dulces, apasionadas, para el niño de sus sueños, pensando más en el padre que en el hijo. Sara sin Abraham, pero Sara al fin.

No, Gabriela Mistral no fué la madre frustrada, sino real y eterna enamorada, celosa incluso de su muerto, de su amante suicida, de su «Juan cobarde y Angel hostil.» Pero, a pesar de ello, siempre querido, siempre perdonado, siempre en sus rezos y en sus pasos. Nevado o ardiente recuerdo, perenne y gozosa cicatriz.

Su éxtasis glorioso, su dolor de amante abandonada, sus celos, la tragedia, su herida, forman, en síntesis, el tema único de su obra poética.

Sí, ella siguió ejerciendo de maestra, dedicada a los niños, protegiéndose con su trabajo, pero jamás su corazón y su pluma supieron olvidar un nombre amado. Medio sueño, medio fantasma, realidad fría, único fuego de su vida. Fuego tan ardiente, de llamas tan altas, que cristalizaron en perfecta gema el grito honrado de su desolación; vivir yermo, sin otra esperanza que ser tierra en su tierra, y alma redimida en Cristo-Amor.

Ha muerto Gabriela, la desolada, la que ensangrentó canciones para aliviarse, la que siguió viviendo, — según propia confesión, — sólo para resguardar con su cuerpo, contra la lluvia y la nieve, una olvidada sepultura, y, de pie frente a sus huesos, implorar, incansable, para él, perdón al Señor.

«Di el perdón, dilo al fin! Va a esparcir en el viento  
la palabra el perfume de cien pomos de olores  
al vaciarse; toda agua será deslumbramiento;  
y el yermo echará flor y el guijarro esplendores.  
Se mojarán los ojos oscuros de las fieras,  
y, comprendiendo, el monte que de tierra forjaste  
llorará por los párpados blancos de sus neveras:  
¡toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!»

Murió Gabriela de madrugada. Una madrugada blanca, blanca de nieve y escarcha. Y su vida había sido un crepúsculo dilatado. Murió con la aurora. «Siento que Dios me va haciendo dormir.» Duerma en paz.— I. d'Andraitx